hablar á los estraños que á los propios, porque entre los primeros podia ganar algun amigo y se esponia á perderlo entre los segundos. No queria mezclarse en los matrimonios, pedir empleos para otros, ni asistir á los convites; modesto en todas las cosas de su uso se servia de vajilla de barro ó madera, y dos versos escritos en la mesa prohibian hablar mal de los ausentes. A su mesa comia todo su clero, y eran los alimentos y los gastos comunes segun la regla que al efecto estableció. Hizo una fundacion para vestir los pobres y un hospicio para los viajeros, sin distincion alguna.

A imitacion de su regla se multiplicaron los conventos admirablemente, pero queria que los monjes fuesen activos, y llevaba á mal verlos con una túnica grosera recorriendo los pueblos sin morada fija con algunas reliquias, demandando y aun exigiendo donativos que subvienen una pobreza que les hacia ricos, recompensando una virtud en que entraba por mucho la hipocresía. Tales son los héroes del cristianismo que en hombros de sus virtudes elevaron la Iglesia sobre las ruinas del error, del cisma y de la idolatría: estos, acompañados como en Oriente de todos los obispos y prelados, destruyeron en Occidente el imperio de la mentira, y á sus esfuerzos debió su completo triunfo la esposa de Jesucristo. Ellos, proclamando con las palabras y el ejemplo la doctrina del Salvador, la grabaron en el corazon del

pueblo y concluyeron por hacerla adorar de los magnates, de los cónsules, de los emperadores, y la súplica de Simmaco es el último suspiro de la agonizante idolatría.

El antiguo partido, el partido de los privilegios, el que se adheria tenazmente á lo pasado, desapareció del todo ante el partido del porvenir y de la humanidad. Su última hora sonó en el momento en que subió al trono Teodosio, aquel célebre español que debió el renombre de *Grande* á la conviccion y al valor con que puso término á la prolongada lucha de las dos religiones. Al principio de su reinado toleró los ritos gentílicos, pero atacado por una grave enfermedad que le puso á las puertas de la muerte, quiso hacerse bautizar por el obispo Acolio, cuya fé le inspiraba entera confianza, y á sugestion suya publicó el 28 de Febrero de 380 el siguiente decreto:

"Es nuestra voluntad que todas las naciones gobernadas por nuestra moderacion y nuestra clemencia, se adhieran constantemente á la religion que fué enseñada por S. Pedro á los romanos, que se ha conservado por tradicion fiel, y es profesada actualmente por el pontífice Dámaso, y por Pedro, obispo de Alejandría, varon de santidad apostólica. Segun la enseñanza de los apóstoles y la doctrina del Evangelio, creemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son una divinidad sola, bajo una majestad igual y una Trinidad

santa. Autorizamos á los que siguen esta doctrina á tomar carta de los católicos; y en atencion á que consideramos los demas como insensatos, á que les notamos con el infame nombre de herejes, prohibimos que sus conventículos usurpen por mas tiempo el nombre de iglesias. Sin hablar de la justicia divina teman las penas severas que nuestra autoridad ha de creer oportuno imponerles, guiándonos la sabiduría celeste."

Teodosio recobró la salud, volvió al ejercicio de las armas, y luego desterró al obispo arriano de Constantinopla, Demofilo, y entregó á los católicos las cien iglesias de la capital, acompañando al Nacianceno hasta santa Sofía, donde le puso en posesion del arzobispado desplegando un aparato militar pasmoso; asimismo desterró cuantos eclesiásticos y obispos no quisieron abjurar el arrianismo, y la fé ortodoxa quedó dominante en Oriente, reuniéndose el segundo concilio constantinopolitano, que mantuvo íntegro el símbolo de Nicea, con lo que el triunfo de la Iglesia fué completo [1].

1 Cuéntase que Anfilocuo, obispo de Icona, se presentó un dia al emperador, en el momento en que con toda majestad se hallaba sentado en su trono con su hijo Arcadio, á quien acababa de nombrar Augusto, y que despues de haberse inclinado ante Teodosio, con el respeto que le era debido, saludó á su hijo familiarmente, cual si se tratara de un niño ordinario. Irritado Teodosio, mandó arrojar de su presencia aquel atrevido,

El cánon mas célebre de este concilio, es el que atribuye al obispo de Constantinopla la precedencia sobre el de Roma, fundándose en la traslacion de la corte á Bizancio: como se quiso hacer estensivo á la jurisdiccion lo que solo era de honor, resultaron escándalos y disputas, que no fueron bastante á cortar las penas corporales ni las censuras espirituales.

En seguida fulminó Teodosio otras leyes, prohibiendo la celebracion de los sacrificios, la inmolacion de las víctimas y conservacion de los simulacros: luego vedó á los magistrados entrar en los templos; prohibió, bajo la pena de confiscacion, los actos de idolatría, y bajo la de muerte, sacrificar á los dioses. El dia del Señor se declaró sagrado, los juegos y espectáculos quedaron prohibidos en los domingos, y el calendario jurídico se arregló á las prescripciones cristianas, y todas las leyes de este grande emperador, prueban su celo en favor del cristianismo y el triunfo completo de la religion católica [1]. Con todo, parece que los ritos antiguos no habian cesado tan completamente, y no era tan absoluto el triunfo de la Iglesia,

y el prelado esclamó entonces: "Del mismo modo espulsará Dios á los que, adorando al Padre, niegan al Hijo igual homenaje."

Esta parábola agradó á Teodosio, y la refiere Sozomeno en el lib. VIII, cap. 6, y Teodoreto en el XV, cap. 16.

1 Todas estas leyes se encuentran en el código Teodosia-

ni su dominio en todas las almas, puesto que le vemos decretar en el año 381, que los cristianos que volvieran á la idolatría, no podrian disponer de sus bienes por testamento; ley que estendió luego á los catecúmenos, declarando infames los apóstatas. Los concilios reprodujeron estas leyes, y los escritores eclesiástiacos declamaban contra las ceremonias paganas que aun se conservaban en las fiestas, en las saturnales y aun en los juegos.

Con todo, los templos y los lugares consagrados fueron cerrados por los magistrados; y no contentos los monjes y los obispos, impulsaron á los cristianos á demolerlos. Entonces abandonaron sus celdas los anacoretas del Egipto, para derribar los santuarios de las dos religiones que habian sobrevivido, y para colocar bajo la custodia de piadosos solitarios las reliquias de los santos en

no, lib. XVI, línea 11, id. 16, 7, X, id. XI, id. XII. Todos los dias son jurídicos escepto los de vacaciones.

En verano para la cosecha	30 dias.
En invierno id	30 id.
Calendas de Enero	3 id.
Aniversario de la fundacion de Roma	1 id.
Id. de la de Constantinopla	1 id.
Fiestas de pascua	13 id.
Otros domingos	41 id.
Aniversario de los emperadores	4 id.
Total	123

los templos de Anubis y Serapis: el que este dios tenia en Alejandría, considerado como el mas espacioso y magnífico, despues del capitolio, fué convertido por el obispo Teófilo en Iglesia cristiana: los egipcios, que atribuian á este dios la prosperidad de su suelo, vieron continuar al Nilo derramando sobre las tierras sus benéficas aguas. En Apamea derribó el templo de Júpiter el obispo S. Marcelo, al frente de una multitud de gladiadores; y aunque los idólatras resistian á veces con las armas esta destruccion, los cristianos, dirigidos por su obispo, no dejaban de continuarla.

Uno de los que mas fervor mostraron en esta obra fué Martin, obispo de Tours. Luego que llegó á Francia desde su patria Pannonia, fundó cerca de Poitiers un monasterio que se tiene por el mas antiguo de Occidente, y se declaró contra la idolatría, ganando las almas, derribando ídolos y altares, interrumpiendo los sacrificios y devastando los bosques sagrados. Nombrado contra su voluntad para la silla de Tours, á despecho de los que le rechazaban por sus modales rústicos, sus desaliñados cabellos y su traje tosco, no se apartó de la sencillez monacal. Tan celoso defensor de la Iglesia, como impugnador de la idolatría, se oponia á los errores que se introducian en la Iglesia, y á las violencias con que algunos pretendian ahogar en sangre la herejía.

Siendo nuestro objeto esponer en este trabajo la parte que el sacerdocio ha tenido en la civilizacion del mundo, y estando ésta representada en los hombres que, con sus escritos, por su ciencia, por sus virtudes y por los puestos que han ocupado en la sociedad, han sido considerados como sus guías, como sus gefes; y en una palabra, como la personificacion de la época en que vivieron, y del mundo que animaron, no parecerá estraño, que nos háyamos detenido tanto, hablando de ellos, pues desde luego se comprende que darlos á conocer es presentar de relieve la condicion de la sociedad; y haciendo la historia de los hombres ilustres del paganismo y de la cristiandad, presentamos las condiciones de la sociedad nueva, y de la vieja que ellos representaban, y damos una idea del cáncer que devoraba ésta, y del vigor que animaba aquella, presentando la lucha que unos y otros sostenian, los elementos favorables y adversos con que combatian, las causas que influyeron en la derrota de la una, y en el triunfo de la otra; y en una palabra, los esfuerzos que los Padres tuvieron que hacer contra sí mismos y contra el mundo, para no doblegarse á los halagos del siglo, ni prostituirse entre el lodo de la abyeccion comun.

Nuestro intento es dar á conocer al hombre, y por eso presentamos los hombres; nuestro pensamiento es la civilizacion, y como esta se atrasa y

aun se destruye con las armas, y florece y progresa con las ciencias, presentamos el bosquejo, no de conquistadores, sino de sabios; tomamos por terreno los corazones en vez de los campos de batalla, y en lugar de las lanzas las plumas, sin que creamos mas valientes á los que destruyen que á los que edifican, á los que blanden el acero que á los que manejan la pluma, á los que cubiertos de armas y al frente de legiones combaten, que á los que solos y humildes presentan su cuello al verdugo y su cuerpo á los tormentos, y arrostran las persecuciones por la humanidad. Los que ambicionen campos de batalla, donde el hombre muere, y conquistadores que le atormenten en los calabozos y le impongan la esclavitud física y moral dominando su cuerpo y utilizándole su provecho, tiranos que esclavicen sus ideas y le priven de toda libertad, reduciéndole á la mísera condicion de los animales, esplotándole en todos sentidos y en todos los terrenos, pueden acudir á la historia, que hartos ejemplos nos suministra por desgracia; para esos no escribimos; pero los que le consideran dotado de libertad y como la obra mas perfecta del Criador, esos verán con gusto la historia de estos hombres eminentes que continuando la obra incoada en el Calvario por el Hijo de Dios, han marchado al frente de la civilizacion y guiado la humanidad en su curso progresivo, á su perfeccion, arrostrando por ella los

trabajos, los tormentos y la muerte, sin esperar recompensa alguna humana mas que la dulce satisfaccion que resulta al hombre de haber obrado el bien de sus semejantes y el premio que á sus dolores prepara el Salvador en la mansion celestial que con su muerte abrió á los buenos. Por eso nos hemos detenido al hablar de estos hombres, para nosotros y para cuantos estimen al hombre en lo que vale, mil veces mas ilustres que los guerreros que tanto han oprimido y trabajado la humanidad embruteciendo los espíritus y avasallando los cuerpos, circundándose así de una gloria que si el mundo diviniza el cielo reprueba, y que en la otra vida ha de ser tenida en lo que vale y recompensada con los castigos eternos como contraria al espíritu del que dijo: "Ante Dios no hay acepcion de personas. El que desprecia al prójimo peca, pero el que se compadeciese del pobre será bienaventurado (Prov., cap. 14, v. 21)."

CAPITULO XI.

LA IGLESIA Y LA CIVILIZACION.

Desde su nacimiento en el Gólgota la Iglesia de Jesucristo y sus ministros, no han dado un solo paso que no haya sido para civilizar el mundo y levantar al hombre al conocimiento de su ser y á la dignidad que representa: entre las cadenas y en las tinieblas de las Catacumbas, en los calabozos y en el palacio del emperador, se la ve, y á sus ministros, siempre solícitos del bien de los mortales, y siempre afanosos por la felicidad de sus hermanos; en vano los políticos de nuestros dias, inútilmente los filósofos de nuestra éra la llaman enemiga de la civilizacion, factora de la tiranía y contraria á la humanidad; los hechos ha-